

Lectura del domingo: LA ESTRELLA

Quince siglos antes que naciera el niño de Belén una profecía anunció que "saldría una Estrella de Jacob y aparecería un Dominador en Israel". Guiados por ella, los Magos orientales se dirigieron hacia la Judea y hallaron a Jesús con María, su Madre. Prostrados le adoraron y, con ofrendas simbólicas, reconocieron al Niño Dios: como a Rey, le reconocieron ofreciéndole oro; como a Dios, ofreciéndole incienso, y como a hombre, ofreciéndole mirra.

La hermosa estrella que brilló en el cielo oriental brilló o debiera brillar en el cielo de nuestra conciencia. Esa estrella es la fe cristiana. No aparece en el horizonte espiritual del hombre como una simple luz: ella es a la vez un guía, una brújula celeste que determina un rumbo y fija un derrotero. Como la estrella oriental, ella nos guía hacia el Dios-Hombre, hacia Cristo cuyo albergue terrenal es Belén, la Casa de Dios, es decir, la Iglesia. Estudiemos la marcha de nuestra estrella.

¿Quién podrá fijar el día y la hora en que la estrella de la fe emite su primer rayo de luz en el alma del niño? ¿Quién determinará las circunstancias que rodean su primer fulgor? Difícil es descubrir la misteriosa evolución de la idea de Dios en la mente infantil; pero una cosa es cierta y es que, allí donde nace esa idea, es por una madre la sembró. El primer ser que el niño conoce, es su madre. La primera idea del niño es un ser próximo, inmediato, que puede efectuar todo lo que él desea y que cumple todos sus deseos. Allí está el germen de la idea de Dios, la primera aparición, el primer rayo luminoso de la estrella. Poderío y bondad, esos son los componentes elementales de la idea divina y el niño los recibe de su madre para él todopoderosa y buena, mucho antes que su lengua pueda expresar idea alguna.

Apenas despierta intelectualmente el niño, cuyo nido es un hogar católico, ve a su madre arrodillada ante la imagen de una Madre que lleva también un Niño hermoso en sus brazos. Ese espectáculo, esa visión tan frecuente, completa los rayos indefinidos de la idea divina, pues poco a poco, la noción de una Bondad Soberana y maternal se adueña del espíritu del niño y llega un día en que sus ojos espirituales se abren. El niño católico sabe por fin quién es el Niño que tan cariñosamente rodean los brazos de la Madre del Cielo... Jesús hace sobre su alma la impresión definitiva. La gracia del bautismo pasa, por decirlo así, del estado latente a una actividad perceptible. El niño hace su primer acto de fe... La Estrella principia a trazar en su alma un sendero de luz que lo llevará a Belén... Con la palabra y el ejemplo de su madre, con las enseñanzas de la escuela, con la predicación de la Iglesia, esa luz crece de hora en hora a medida que crece el niño y viene

por fin un día, en que la estrella dando todo su resplandor, produce en su alma "el día perfecto".

Hasta aquí el cuadro que trazamos, es puramente ideal. La luz es que la estrella no brilla sino donde una madre cristiana sembró los elementos de su luz. Pero hay tierras ingratas y la luz de nosotros no se reprocha a sí mismo su ingratitud, su esterilidad, su obscuridad intelectual? Porque, para muchos que llegan a la edad adulta, la atmósfera del alma pierde poco a poco la limpieza y claridad inicial. La estrella se empaña... no la vemos sino en una media luz, llena de incertidumbres, ya no puede servirnos de guía. Culpa nuestra es; si conserváramos la pureza del alma, la sencillez cristiana, si fuéramos "verdaderos israelitas y no hubieran en nosotros engaños a la estrella de la fe brillaría en nuestro cielo dándonos luz y vida, alegría y valor. Para algunos la estrella padece a menudo eclipse parcial. Miran ellos hacia la tierra y se asombran de no ver a la estrella... La duda nace y los envuelve... La ocultación del astro sigue a la duda y la obscuridad dura mientras afectos y miradas no se dirijan arriba. "Buscad las cosas de arriba donde está Cristo..." Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra"... Para otros, el eclipse es definitivo y total. Víctimas del mal ejemplo en el hogar o en la escuela de los malos maestros y de sus propias pasiones, ellos son, desde temprano, del número de aquellos para quienes la estrella de Jacob, es decir, Cristo, vino en vano. "En aquel tiempo estaba sin Cristo... extráñeros a los pactos de la promesa sin esperanza y sin Dios en el mundo". ¡Cuán desgraciados son aquellos para quienes ya no hay estrellas en el cielo del alma!

Pero después del eclipse, la luz brota de nuevo. Basta pensar, que sigamos el consejo de San Pablo, poniendo nuestra mira en las cosas de arriba... "Sursum Corda". Negamos las cosas de la luz. Decimos que las luces del cielo están ya apagadas, que el cielo está vacío... No... el que está vacío, es nuestro corazón... Desierto, árido, o tierra que produce "espinas y abrojos".

Esa vegetación malsana nos oculta la luz. Mejor sería el puro y simple desierto, pues en él la atmósfera se conserva limpia y con unas gotas de rocío, las semillas que en él depositaron nuestras cristianas madres, pueden siempre brotar...

La que está apagada es la luz de nuestros ojos. Mientras tanto ¡dichosos aquellos que, como los Magos de Oriente, tienen ojos para ver y siguen el rumbo de la estrella, porque ella nos lleva a Belén que es la Casa del Pan... "No serán avergonzados en tiempo de desgracia; y en los días de hambre serán hartos"

"El Mercurio", 6 de enero de 1907.